

# SEDMED

Seguridad y Defensa en el Mediterráneo



**AMIRAH FERNÁNDEZ, Haizam (2008) “Las relaciones Intra-Magrebíes”, en SOLER i LECHA, Eduard y HILALI, Fadela, *VII Seminario Internacional sobre Seguridad y Defensa en el Mediterráneo. Conflictos regionales y estrategias de seguridad*. Barcelona: CIDOB / Ministerio de Defensa, pp. 101-104.**

*Este artículo es el resultado de la ponencia presentada en el VII Seminario Internacional sobre Seguridad y Defensa en el Mediterráneo. Conflictos regionales y estrategias de seguridad, organizado en Barcelona por CIDOB y el Ministerio de Defensa los días 1 y 2 de Diciembre de 2008.*

**SEDMED**  
Seguridad y Defensa  
en el Mediterráneo

[www.sedmed.org](http://www.sedmed.org)

### Haizam Amirah Fernández

*Investigador principal del área de Mediterráneo y Mundo Árabe  
Real Instituto Elcano, Madrid*

**E**l Magreb es una región en la que abundan las contradicciones. Sus países crearon la Unión del Magreb Árabe (UMA) en 1989 con la voluntad declarada de avanzar hacia la integración regional. Muchos de sus habitantes se refieren unos a otros como “hermanos”. Sus sociedades comparten lengua común, una cultura que las abarca, una historia con grandes similitudes y una religión mayoritaria. Además, sus economías tienen un gran potencial para complementarse entre sí y competir en mejores condiciones a nivel global. Sin embargo, varias décadas tras sus independencias, los Estados magrebíes muestran una gran desconfianza recíproca. Entre ellos la cooperación política es limitada, los contactos humanos escasos y los intercambios comerciales diminutos. Un solo dato refleja la situación actual de las relaciones intra-magrebíes: de las seis fronteras terrestres que existen en el Magreb, sólo dos son fácilmente transitables para personas y mercancías (Argelia-Túnez y Libia-Túnez). La más importante (Argelia-Marruecos) permanece cerrada desde 1994, mientras que las restantes están militarizadas o tienen difícil acceso. La UMA es, a día de hoy, un contramodelo de lo que debería ser un proyecto de construcción regional.

Un rasgo característico del Magreb es la competición por el liderazgo regional. La lógica prevaleciente sigue siendo la del Estado-nación postcolonial, defensor a ultranza de su soberanía y receloso de los vecinos, donde la seguridad del Estado se confunde con la seguridad del régimen. Con frecuencia, el discurso que emplean algunos dirigentes magrebíes está demasiado centrado en el pasado (conflictos surgidos durante los procesos de descolonización y de construcción de los Estados modernos), como excusa para no avanzar hacia la consolidación de las relaciones en un marco regional integrado. Otro rasgo común es el déficit democrático. En distintos grados, los países magrebíes exhiben un autoritarismo robusto, en el que las élites emplean distintas tácticas de adaptación al medio, incluida la apertura limitada del sistema, con el fin último de perpetuarse en el poder. El principal consenso que se da en la región es preservar el statu quo, algo que los regímenes magrebíes han logrado, con notable éxito, a lo largo de las últimas décadas.

Un rasgo característico del Magreb es la competición por el liderazgo regional. La lógica prevaleciente sigue siendo la del Estado-nación postcolonial, defensor a ultranza de su soberanía y receloso de los vecinos

Los retos a los que se enfrentan los países del Magreb y sus sociedades tienen mucho en común en sus causas, pero sobre todo en las estrategias necesarias para afrontarlos con éxito

El Magreb tiene de positivo, si se compara con Oriente Medio, que el nivel de conflicto regional es mucho menor. Desde hace unas pocas décadas, no se producen invasiones entre vecinos ni se han realizado grandes intervenciones militares extranjeras en su territorio. A pesar de ello, el gasto militar sigue siendo elevado, e incluso ha aumentado en los últimos años.

Los retos a los que se enfrentan los países del Magreb y sus sociedades tienen mucho en común en sus causas, pero sobre todo en las estrategias necesarias para afrontarlos con éxito. Por el momento, eso no ha sido suficiente para forjar una visión conjunta ante esos retos, que no son pocos ni fáciles de resolver. La creación de riqueza en el Magreb depende, en gran medida, de factores fuera del control de la región, como son los precios de los hidrocarburos, el turismo extranjero, las remesas y la demanda de productos y bienes por parte de otros países, sobre todo europeos. Incluso la agricultura, generadora de empleo y riqueza especialmente en Marruecos, sigue dependiendo enormemente de la pluviometría. Cerca de dos terceras partes del comercio de la región se hace con Europa, mientras que menos del 4 por ciento de ese comercio se lleva a cabo entre los propios países magrebíes. Difícilmente así se puede construir una región, ni generar una amplia red de intereses comunes a partir de una lógica de cooperación.

Algunos datos demográficos dejan claro el alcance de los retos. Según Naciones Unidas, los cinco países del Magreb tenían poco más de 49 millones de habitantes en 1980, mientras que en 2005 la población había aumentado hasta superar los 82 millones. La proyección de cara a 2030 es que la región alcance los 110 millones. Existe otro dato esclarecedor que está en el corazón de los problemas (y oportunidades) que tiene la región: a día de hoy, algo más de la mitad de la población magrebí tiene menos de 25 años. El desempleo y el subempleo, cuyas tasas son elevadas, representan una amenaza seria para el mantenimiento de la cohesión social. A nadie se le escapa que las dificultades socioeconómicas crónicas tienen un efecto “expulsor” de población hacia el exterior en forma de emigración.

Por otro lado, la desvinculación de los jóvenes magrebíes de la política es casi total. En parte, eso se debe al carácter poco abierto de los sistemas políticos, y también al descrédito que sufren partidos políticos e instituciones estatales por su naturaleza no inclusiva. Los magrebíes que en 2030 tendrán 50 años, hoy tienen 28. Sin embargo, es prácticamente imposible ver a esa gente joven en los encuentros que en ocasiones se organizan para tratar sobre el futuro del Magreb y los retos que afectan a la región y a sus relaciones con el exterior. Queda patente una y otra vez que los países del Magreb no generan un fuerte sentimiento de ciudadanía entre sus habitantes, lo que tiene consecuencias tanto internas como para los países que reciben inmigrantes procedentes de la región. La apatía de amplios sectores sociales se refleja en las bajas tasas de participación en procesos electorales —que llegan a rozar cifras ridículas en algunos casos— y en el alto porcentaje de personas que dicen querer emigrar fuera de la región en busca de otra vida mejor.

No sólo eso. Una región se construye principalmente con sus sociedades. Ahora bien, el nivel de contactos entre las poblaciones magrebíes —y concretamente la juventud— es bastante limitado en la actualidad, con

las consecuencias que eso tiene para el futuro de la región. Pedir que se facilite la movilidad de los magrebíes hacia Europa mediante la concesión de visados y el establecimiento de programas educativos puede tener numerosos efectos positivos. Sin embargo, también se debería pedir que esa movilidad humana se facilitara y se promoviera entre los propios países del sur. De esa forma, las generaciones magrebíes más jóvenes podrán tener un mayor conocimiento mutuo que ayude a eliminar la desconfianza que persiste entre las de mayor edad, a las que pertenece un alto número de sus dirigentes. Como se ha demostrado en otras partes del mundo, las grandes transformaciones sociales, para que sean efectivas y duraderas, se han de producir desde el interior. Eso difícilmente ocurrirá en el Magreb mientras no haya una profunda renovación en los partidos políticos, muchos de los cuales están encabezados por incombustibles y ancianos dirigentes.

No parece que todo lo anterior transmita una imagen precisamente brillante ni tranquilizadora sobre el presente y el futuro de la región. Más bien, refleja una situación anómala si se tienen en cuenta los serios retos comunes y los escasos resultados de los llamamientos para la normalización de las relaciones intra-magrebíes.

Desde hace tiempo, el mundo se ha acostumbrado a que los regímenes magrebíes sean altamente estables, y a que no se produzcan grandes conflictos sociales ni regionales. El principal conflicto regional —el del Sáhara Occidental— es un conflicto de muy baja intensidad y se encuentra “gestionado”. El coste de mantener el statu quo es bajo para los regímenes (pero alto para la población civil saharauí que sufre las consecuencias directas de la falta de solución). Este conflicto complica bastante las relaciones regionales, pero no es la causa de fondo de que no haya una mayor cooperación ni integración en el Magreb. Más bien, es una manifestación de actitudes antagónicas y competitivas por la hegemonía regional, que se utiliza por parte de unos y otros para no dar pasos determinados —y de buena fe— para acabar con los enfrentamientos del pasado.

En cuanto al papel de la UE, las políticas europeas hacia el Magreb se han guiado tradicionalmente, en buena medida, por los intereses económicos y de seguridad. Sin embargo, desde hace unos años las visiones europeas del Magreb están condicionadas por el temor a la inestabilidad y el miedo de que se produzca un contagio del radicalismo social, sobre todo en su versión terrorista. La inmigración ilegal, resultado de continuados fracasos estatales en el Magreb, es otro motivo de preocupación para los europeos. Tal vez las políticas guiadas, aunque sea sólo en parte, por el miedo a esas amenazas no contribuyan a cambiar las condiciones que las generan (autoritarismo, falta de desarrollo humano, corrupción, etc.). Seguir apoyando a regímenes que no facilitan una apertura política ni garantizan los derechos de sus ciudadanos puede aportar estabilidad a corto plazo, pero mientras el descontento social no disminuya (y nada indica que eso esté ocurriendo), sólo se está aplazando la salida de esa explosiva realidad.

Al analizar el estado de las relaciones entre la UE y sus vecinos del sur, cabe preguntarse si es bueno que exista una proliferación de iniciativas desde el norte del Mediterráneo dirigidas hacia el sur (Asociación Euromediterránea, Política Europea de Vecindad, Unión para el

Las grandes transformaciones sociales, para que sean efectivas y duraderas, se han de producir desde el interior. Eso difícilmente ocurrirá en el Magreb mientras no haya una profunda renovación en los partidos políticos, muchos de los cuales están encabezados por incombustibles y ancianos dirigentes

Una dinámica que ha surgido como consecuencia de esa proliferación de iniciativas es que los magrebíes miran cada vez más hacia el norte, y se miran mucho menos entre sí

Mediterráneo, Foro 5+5, Diálogo Mediterráneo, etc.). Aunque se puedan dar muchos motivos que justifiquen el lanzamiento de todas y cada una de esas iniciativas, el hecho es que los resultados son mucho menos prometedores de lo deseado (y acordado voluntariamente por las partes). Los avances que se han realizado han sido parciales e insuficientes, y el proceso no ha estado exento de retrocesos. Una dinámica que ha surgido como consecuencia de esa proliferación de iniciativas es que los magrebíes miran cada vez más hacia el norte, y se miran mucho menos entre sí. Las excepciones son cuando se produce una cooperación intra-magrebí en la lucha contra todo aquello que amenaza a la supervivencia de los regímenes. De ahí que se haya aumentado la cooperación en materia de seguridad y lucha contra el radicalismo antisistema. Sin embargo, ese tipo de colaboración no ha contribuido a resolver los conflictos que existen dentro de la región, ni ha aliviado los problemas crónicos de carácter socioeconómico.

Aún existen grandes obstáculos para que se alcance una dinámica virtuosa en el Magreb que genere una mayor confianza entre sus Estados y sociedades. En ese contexto, queda la duda de si las condiciones inherentemente conflictivas entre dichos países pueden continuar existiendo mucho tiempo más sin que acaben por producir mayores conflictos en la región. De producirse, una posible consecuencia sería la adopción de políticas más extremistas en los países magrebíes, no solamente por parte de grupos islamistas, sino también de los regímenes que ahora están en el poder. Numerosos regímenes autoritarios de distintas regiones del mundo han promovido actitudes antidemocráticas mediante el control que ejercen sobre sus sociedades con el fin de garantizar su permanencia en el poder. ¿Serán los magrebíes una excepción?